

brase para sustituirlo. Don Juan se mostró conforme y dijo que estuviera tranquilo el Ayuntamiento que nada le ocurriría, pudiendo reunirse a las nueve de la noche para hacer entrega de su autoridad a la junta que se nombrara, como así se hizo, reuniéndose desde las nueve a las diez y media, hora en que llegó la multitud dando gritos que en seguida fueron aplacados por los hombres más caracterizados sin que ocurriera ningún disgusto. El Ayuntamiento se retiró sin que se les faltara en cosa alguna y por aclamación se nombró la junta provisional presidida por Don Joaquín y una vez constituida tomó el acuerdo de salir a la estación a cumplimentar a los generales que venían de la batalla de Alcolea en el tren especial anunciado y que llegó a la una de la madrugada, con los generales Serrano, Dulce, Jovellar, Caballero de Rosas, Milans del Bosch y otros y los políticos Sagasta, López de Ayala, Figuerola, Venancio González, el ministro del Romeral, Abascal, etc. También iba en el mismo tren el General Novaliches, jefe del ejército de la Reina, que iba herido en la mandíbula. La junta alcazareña cumplimentó a los expedicionarios y al día siguiente 30 se eligió por sufragio universal la Junta de gobierno que quedó constituida en la forma siguiente:

Don Joaquín Alvarez Navarro, abogado y propietario, Resa, 9.

Don Cenón Flores Bustos, abogado y ex-promotor fiscal, San Francisco, 11.

Don Benito Giralt, ingeniero y propietario, San Andrés.

Don Juan Alvarez Guerra y Peña, propietario, ex-Diputado a Cortes, Resa, 21.

Don Serapio Cárdenas, propietario y labrador, Feria, 8.

Don José María Villamar, con-

tratista de obras, Santo Domingo, 14.

Don José Forner y Alberola, comerciante, Santa Quiteria, 3.

Don Juan Comas Roca, comerciante, San Francisco, 7.

Don Santiago Mazuecos Morón, médico, Feria, 9.

Don Vicente Moreno, farmacéutico y propietario, Resa, 22.

Se nombró presidente a Don Joaquín, como ya lo era de la anterior junta.

Se celebró un acto de adhesión proclamándose la soberanía nacional. Y no faltaron los rasgos pueriles de estos estados de opinión: se cambiaron los nombres de las calles. A la de Isabel II, que por lo visto lo era la antigua de Valenzuela, le pusieron de la Marina, en recuerdo de que la armada había iniciado la revolución y a la del Príncipe Alfonso, que lo era la del Cristo Zalameda se le puso el nombre de Alcolea en memoria del puente donde se había celebrado la batalla de la que salió triunfante el ejército liberal, nombre que perduró hasta ser sustituido por el de Juan de Dios Raboso. Y así por el estilo, como es corriente que pase, hasta el 13 de octubre que se dispuso que las Juntas nombrasen Ayuntamientos interinos para elegir a los definitivos, quedando Don Cenón de Alcalde y Alvarez Guerra de primer teniente.

Don Enrique se muestra muy ufano al proclamar la sensatez de las gentes y la ilustración y respetabilidad de las Juntas que supieron dominar los ímpetus inevitables en tales momentos para que no se produjera disgusto alguno.

Continuaron por algún tiempo los actos de entusiasmo popular y el mismo cronista nos informa escépticamente de la proclamación de Alfonso XII el año 75, pensando que quién había de decir al esta-